

los cuales dimanar para nosotros graves y prácticas obligaciones. Veracidad, fecundidad y dulzura son, al parecer, los que más resaltan, y los que deben fijar de preferencia nuestra atención. La palabra de Dios es verídica: *Est autem Deus verax*¹.

En efecto, amados fieles, ¿quién se atrevería á dudar ni por un momento de la verdad de lo que enseña el que es la verdad misma, de cuya esencia depende todo lo verdadero, como todo lo real, posible y existente? Así es que nadie hay tan falto de juicio, aun entre los adeptos del naturalismo y librepensamiento, que suponga en Dios la posibilidad de engañarse ó engañarnos; y, si ellos no creen en las verdades sobrenaturales, y pretenden tener el derecho de profesar la religión que les agrada, es únicamente porque se obstinan en negar que Dios haya enseñado al hombre alguna verdad, ó dictádole alguna ley religiosa ó moral. He ahí el único efugio por donde trata de eludir la incredulidad la natural obligación de dar asenso y obediencia á la verdad revelada. De manera que la veracidad, ó sea, la necesaria conexión de la palabra de Dios con la verdad, es tan evidente que nadie puede revocarla á duda. Ahora bien, tampoco es lícito dudar del hecho de que Dios ha hablado, según los argumentos que acabamos de aducir en la primera parte; ¿cómo, pues, podrá disculparse la impiedad incrédula ó el indiferentismo refractario á las verdades del orden sobrenatural? Déjolo, hermanos míos, á vuestro buen sentido; y, por lo que hace á nosotros, demos gracias infinitas al Dador de todo bien, autor y consumidor de nuestra fe², porque nos ha hecho, á ninguna costa, dóciles

¹ Rom. 3, 4.² Hebr. 12, 2.

creyentes á su palabra, por el don de nuestro bautismo y el beneficio de una cristiana educación. Por lo demás, debemos persuadirnos de que, al serlo, no hacemos otra cosa que cumplir con un riguroso deber: que tal es, y por tal debe tenerse, el de cautivar nuestro entendimiento bajo el yugo de la fe. No creáis, como se hace correr el día de hoy en ciertas escuelas, que el creer ó no creer cae bajo el poder del albedrío del hombre; pues, si éste es libre físicamente para hacer una cosa ú otra, no lo es moralmente, ó lo que tanto vale, *debe* creer, aunque *puede* faltar á su deber, infringiendo la ley moral. Y ¿cómo no ha de calificarse de infracción de esta ley una negación tan osada, tan insultante á la Divinidad, como la del asenso intelectual y voluntario á su palabra? Habla Dios, y habla de manera que el hombre de buena fe no pueda menos de conocer su voz; porque la locución divina se ofrece al espíritu revestida de señales inequívocas que la acreditan, y el hombre, sin embargo, se hace sordo, indiferente á esa voz tan respetable, se obstina en negarle crédito, no atiende á lo que Dios quiere manifestarle, concluyendo con negarle al Criador el derecho y aun el poder de comunicar con su creatura, declarando de una vez imposible la Revelación, y absurda la creencia en los dogmas revelados. La simple exposición de esta conducta basta seguramente para condenarla de inmoral é impía ante el tribunal de la razón. Es, pues, necesario creer á la palabra de Dios. ¡Oh! ¡cuántas veces se nos ha intimado este precepto! El Eclesiástico dice: *Cree en Dios, y Él te recompensará*¹; y en otra parte: *Los que teméis á Dios, creed en él*². Jesucristo cla-

¹ Eccli. 2, 6.² *Ibid.*, vers. 8.

maba: *Arrepentios y creed en el evangelio*¹. . . . *Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijos de la luz*².

8. Hijos de la luz son los creyentes, porque, siendo la palabra de Dios tan fecunda en frutos de santidad, no lo es menos la fe que en ella se funda y de ella vive. *El justo vive de la fe*³. A diferencia de la palabra humana, tan estéril la mayor parte de las veces, como desnuda de verdad y solidez, la palabra divina es semilla de abundante cosecha de bienes de todo orden⁴. No hay más que sembrarla en buena tierra, en corazón humilde y generoso, y cultivarla con diligente esmero para que, á su tiempo, rinda en abundancia ricos frutos de toda virtud y honestidad. En efecto, hermanos míos, si tanto puede á las veces la palabra de un capitán idolatrado por sus tropas, la de un sabio lleno de prestigio, la de un padre y de un amigo; ¿qué no podrá la palabra de un Dios? Que, si hay palabra viva y eficaz y que vaya más derechamente al corazón que la espada acerada de dos filos para herir en lo más delicado de las fibras del alma, es, dice el Apóstol, la palabra de Dios, aquella misma que decidió de la suerte del pueblo escogido y reprobado por su incredulidad⁵. ¿Cómo, pues, se concibe esta incredulidad en el hombre? ¿cómo puede quedar sin efecto Palabra de tanta virtud? ¿cómo no se deja sentir en nuestros mismos corazones, su nativa y casi irresistible eficacia para el bien? Misterios son éstos, carísimos oyentes, que no se explicarían, si no hubiese dejado Dios al hombre, por el hecho de haberlo criado libre,

¹ Marc. 1, 15.² Io. 12, 36.³ Hebr. 10, 38.⁴ Luc. 8, 11.⁵ Hebr. 4, 12.

en manos de su propio consejo¹. Por lo mismo amonestaba gravemente San Pablo á sus compatriotas, los hijos de Israel, para que no caigan en el escollo de la incredulidad en que dieron miserablemente sus padres: *Ne in id ipsum quis incidat incredulitatis exemplum*². La fecundidad, pues, de esta divina palabra, no depende sólo de ella misma, sino también, en gran parte, de la fertilidad del terreno en que esta simiente celestial se siembra, y del esmero con que se cultiva. Oíd á un célebre predicador de la corte de Francia, exponiendo el motivo de esta lamentable esterilidad que ya se sentía en su tiempo. «¿En qué consiste, decía, que aquella palabra de Dios que comunica y restituye la vida de la gracia; aquella palabra vehemente que, tan prodigiosa en otros siglos, supo colocar la humildad en el trono, introducir la penitencia y el desapropio en el centro de la opulencia y el regalo, enriquecer los desiertos con los despojos del siglo, plantar en el mundo, y en el mundo más peligroso, virtudes dignas de los anacoretas; ¿en qué consiste, repito, que, debilitada hoy y casi desvirtuada, no sólo no renueva entre los cristianos sus triunfos, sino que nos deja á todos en posesión de nuestros vicios y de nuestras indómitas pasiones?» Y, después de plantear esta importante cuestión, la resuelve animosamente en los siguientes términos, dirigiéndose á sus oyentes: «No dudaré afirmar que á vosotros se ha de imputar la decadencia y, si me atrevo á decirlo, la ineficacia de la divina palabra. . . . Yo os digo que no os mueve ni convierte la palabra divina, porque en los cristianos que la oyen hay tales disposiciones que bastarían á inutilizar las cualidades del predicador más

¹ Eccli. 15, 14.² Hebr. 4, 11.

perfecto: disposición de un corazón doblado é hipócrita, disposición de un corazón mundano y relajado.»¹

Y ¿qué diremos nosotros, hermanos míos, que, poseyendo la palabra de Dios, no somos, sin embargo, mejores que los que no la conocen? ¿no nos amedrentará siquiera la consideración de tan terrible cargo para ante el tribunal de Dios? ¡Ah! tratemos ya de aprovecharnos de ella, oyéndola y aceptándola con las disposiciones de sinceridad y humilde sumisión con que nos corresponde escucharla: digamos desde este momento al Señor con el piadoso Samuel: Hablad, Señor, que vuestro siervo escucha².

9. Que si de veras la escucháramos con provecho, no podríamos menos de experimentar las dulzuras que sentía el Real Profeta cuando exclamaba como fuera de sí: *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo!*³ Más sabrosas parecíanle esas divinas comunicaciones que la rica miel puesta en los labios. ¡Oh! sí, ¿por qué no habríamos de codiciar esa palabra de valor inapreciable, como tesoro más precioso que el oro y los diamantes? *Desiderabilia super aurum et lapidem pretiosum*⁴. Mas ¿cómo puede ser dulce, me preguntaréis, una palabra tan terrible como la de Dios á sus Profetas, una palabra que en boca de Isaías lanza rayos tan abrasadores y truenos tan terríficos como jamás salieron de boca de orador ninguno, ora cuando intima á los pueblos sus destinos, ora cuando anuncia el imperio del Dios de los ejércitos sobre todos los imperios, y prostra y desbarata toda soberbia indómita que se rebela contra Dios? ¿cómo ha de saborearse una pala-

¹ *Newville*, Serm. para el Domingo 5º de Cuaresma.

² 1 Reg. 3, 9. ³ Ps. 118, 103. ⁴ *Ibid.*

bra como la de Cristo cuando fulmina ayes sobre los hipócritas fariseos, apellidándolos sepulcros blanqueados, engendros de víboras, generación mala y perversa? ó ¿cómo, la del Apóstol cuando reprende con dureza á los gálatas su vergonzosa sujeción á las observancias judaicas, y á los corintios los escándalos de que se habían hecho culpables? En efecto, hermanos míos, para los pecadores obstinados y rebeldes, no puede dejar de ser acíbar esa divina palabra que ningún yerro perdona, ni lisonjea pasión ni flaqueza alguna; mas no para los justos, y aun para los mismos pecadores arrepentidos y humillados en la presencia del Señor. Así lo experimentan todos los días aquellas almas felices que, desconfiando de la vana palabrería de los hombres que pretenden dirigir el mundo, ponen toda su confianza y juntamente sus delicias en la palabra de aquél que es todo verdad, sabiduría, amor y santidad: en la palabra de Dios, depositada en los Libros Santos, en las venerables tradiciones y en la enseñanza perenne de la Iglesia de Cristo. Á estas almas les es tan dulce la doctrina contenida en el depósito de la Revelación, como el alimento celestial concedido al viajero de la eternidad en el augusto Sacramento de la Eucaristía; y así dicen con el autor de la *Imitación de Cristo*: «Conozco que tengo grandísima necesidad de dos cosas, sin las cuales no podría soportar esta miserable vida... Dísteme, pues, como á enfermo tu sagrado cuerpo para alimento, y además me comunicaste tu divina palabra para que sirviese de luz á mis pasos.»¹

Y ya que esto sabéis, hermanos carísimos, y lo comprendéis perfectamente, habiéndoos formado una idea

¹ *Imit. Christi lib. IV, cap. 11.*

elevada y digna de esa divina palabra que va á presentarnos materia de instrucción durante esta santa Cuaresma, terminaré exhortándoos como Cristo á sus discípulos: «Seréis dichosos si practicáis lo que sabéis.»¹ Escuchad con santo anhelo la palabra de Dios, mas no precisamente para saber, sino para bien vivir: de otra suerte, lejos de ser para vosotros palabra de vida, se convertiría en materia de tremendo juicio, en tósigo de muerte eterna: *Bienaventurados los que oyen la palabra de Dios, y la guardan con fidelidad*².

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

La palabra de Jesucristo.

Ipsium audite.
Á él habéis de escuchar.
Matth. 17, 5.

1. Descorre hoy la Iglesia á nuestros ojos el grande y magnífico cuadro evangélico de la Transfiguración de nuestro Señor Jesucristo. Olvidémonos de aquel prodigio del arte cristiano que lleva este nombre, de aquel cuadro inmortal del célebre pintor de Urbino, pálido y mudo, con ser lo que es, ante los vivos colores y armonías portentosas del original. Cuál sea éste, ningún católico lo ignora. El teatro de esta escena es la cumbre risueña del monte Tabor; los actores y personas son, fuera de la adorable figura de Jesucristo, Moisés y Elías, Pedro, Juan y Santiago. También interviene el Padre Eterno, cuya voz dulce al par que majestuosa, cual sonoro trueno salido de la nube que envuelve en ondas de luz á los discípulos, los hace

¹ Io. 13, 17.

² Luc. 11, 28.

caer atónitos hasta pegar la frente con la tierra: *voce delapsa . . . a magnifica gloria*¹. Tales son los rasgos más brillantes de este cuadro que, como ningún otro, pone de relieve la magnificencia de la gloria de que estaba revestido nuestro divino Salvador. Pero ¿qué hace esa voz desprendida de la nube misteriosa sino señalar al Hijo muy querido del Padre para obligar al mundo entero á que le escuche y la obedezca? *Hic est Filius meus . . . ipsum audite*². He aquí lo que hace notar en su segunda carta el Príncipe de los Apóstoles, testigo presencial del suceso, aduciendo esta voz del cielo como irrefragable argumento de la virtud divina de nuestro Señor Jesucristo; y he aquí, por lo tanto, el punto principal á que debemos dirigir nuestra atención el día de hoy, buscando, antes que objetos de admiración, lecciones de edificación para nuestras almas. Sí, cristianos, miremos el rayo de luz que se desprende del trono de la luz increada, y escuchemos la voz que baja de las alturas para glorificar á Jesucristo constituyéndolo maestro y oráculo de verdad para todos los siglos; y bien haremos, como dice el mismo Apóstol: *Bene facitis attendentes*³.

2. Atended, pues, hermanos míos, á la significación y valor de esta voz del Padre celestial, que descifra, por decirlo así, todo el misterio de esta admirable Transfiguración, y nos descubre, si no me equivoco, el designio de la Iglesia al ponernos este cuadro delante de los ojos en la presente Dominica de Cuaresma. En efecto, de esa voz se deduce con evidencia la obligación que nos incumbe de escuchar y obedecer la palabra de Jesucristo, ni más ni menos que la palabra de

¹ 2 Petr. 1, 17.

² Matth. 17, 5.

³ 2 Petr. 1, 19.